

LA PROBLEMÁTICA SOCIORRELIGIOSA DE AMÉRICA LATINA

POR EMILIO BENAVENT ESCUIN

La problemática sociorreligiosa del subcontinente americano, que tiene como límites geográficos los del Río Grande del Sur en el norte de México hasta las tierras australes del sur de Chile y de la Patagonia argentina, comprende una variedad tal de situaciones humanas culturales y sociales que hacen objetivamente muy dificultoso describir rasgos comunes sociológicos y características religiosas que tengan vigencia en países tan dispares como México, las Antillas, Bolivia, Argentina o el Brasil.

En algunos casos cada país es un mundo distinto, aunque se trate de naciones limítrofes; en otras, es posible percibir señales de una cierta afinidad que permite unir algunas naciones como si formaran algo así como una regionalidad. Pero llegar a considerar como unidad la problemática sociorreligiosa del mundo iberoamericano nunca debe desconocer las destacadas peculiaridades que caracterizan a sus pueblos.

De todas formas el hecho de que han sido creadas y de que actúan instituciones eclesiásticas como el Consejo Episcopal Latinoamericano, que fue aprobado en noviembre del año 1974 por Pablo VI y cuya sede principal está en Bogotá, arguye la posibilidad de considerar los problemas religiosos desde un centro superior y común aunque, al mismo tiempo, tener en cuenta las indiscutibles diferencias que son propias de cada país.

Hay que considerar la magnitud de la población de 644.000.000 de habitantes que constituyen 37 naciones en las Antillas y en la zona iberoamericana que comprende desde México a la Patagonia.

Un factor de unidad de todos esos pueblos es el idioma —castellano y portugués mayoritariamente— y otro de un valor singular, es el religioso porque, excepción hecha de las Antillas con un 25 % y de Cuba con el 41 %, el porcentaje de los católicos alcanza normalmente el 90 % de la población. Hasta el punto que puede decirse que el fruto permanente de la cristianización realizada durante los últimos 500 años es haber conseguido que un continente entero sea católico y que en Latinoamérica se concentra la mayor parte de la población católica del mundo.

Con las deficiencias y dificultades de toda obra realizada por hombres, el logro conseguido es sin duda de primera magnitud.

De la pobreza endémica de Latinoamérica, da idea que cuenta con cinco naciones que no alcanzan los 1.000 dólares de renta *per cápita* con siete que no llegan a los 2.000, que sólo sobrepasan escasamente los 2.000 cinco naciones y que sólo una nación obtiene poco más de 3.000 dólares *per cápita*.

Para contribuir a la estabilidad social y la consolidación de los regímenes democráticos, sería necesario que se establecieran programas sociales concretos que ofrezcan una esperanza real al 70 % de la población, que agrupe a los 451.000.000 de personas que viven pobremente.

En general puede decirse que cinco de diez latinoamericanos carece de vivienda adecuada, no recibe atención sanitaria suficiente, les falta el acceso al agua potable y a la educación. Esto último cuando se refiere a niños menores de 10 años llega a la proporción de nueve entre cada diez.

Y no se trata sólo de problemas de las etnias indígenas que proceden directamente de los habitantes de la época precolombina. Las etnias indígenas representan actualmente sólo una décima parte de la población total del continente. Viven principalmente en cinco países: Bolivia, Ecuador, Perú, Guatemala y México. Por supuesto tienen problemas específicos sociales, culturales y religiosos.

Pero cuando se habla de la problemática sociorreligiosa de Latinoamérica el objeto de estudio predominante es la gran mayoría mestiza en mayor o menor grado que constituye la comunidad de pueblos de centro o del sur de América.

Esta comunidad de pueblos desde el principio ha sufrido escasez de personal específico dedicado a las tareas pastorales. En los primeros tiempos de la cristianización siempre fueron desproporcionadas las muche-

dumbres de catequizandos con los grupos de misioneros generalmente encargados de su formación.

Los primeros catecismos en lengua original y la formación de catequistas nativos fueron el remedio inicial. Pero el problema se agudizó cuando, después de la proclamación de las nuevas nacionalidades, se redujo el número de los sacerdotes y religiosos por el rechazo inicial de los que procedían directamente de la metrópoli y la influencia ideológica predominante en los dirigentes de los nuevos Estados.

En los años cuarenta una obra benemérita, la OCHSA, movilizó a muchos sacerdotes españoles a unirse a los escasos nativos que tenían que atender inmensas feligresías.

En la actualidad, después de la crisis que redujeron notablemente el número de sacerdotes disponibles, subsisten trabajando en América 19.000 sacerdotes, religiosos y religiosas españoles de los cuales un cuarto de la cifra total constituyen el grupo de sacerdotes.

Los sacerdotes españoles están concertados con los obispos que les envían y que les visitan con frecuencia para que no pierdan sus raíces con las diócesis de que proceden. Además de los sacerdotes españoles, ayudan al clero nativo, sacerdotes belgas formados en el Colegio Latino Americano de Lovaina en número de algunos centenares, sacerdotes italianos en una proporción relativamente satisfactoria, religiosos canadienses, colombianos y americanos de Maryknoll y de la Santa Cruz.

Pero a su vez no falta, como indicio del espíritu misionero de la Iglesia latinoamericana, la notable contribución de los misioneros y misioneras que trabajan en territorios de misión de otros continentes, entre los que se destacan los miembros colombianos de la obra Yacumal y el numeroso grupo de los misioneros mexicanos de Guadalupe.

Por otra parte, aunque el número de sacerdotes disponibles ante el número de fieles a atender es desproporcionado por su escasez, la vitalidad de las iglesias iberoamericanas se ha demostrado, después del Concilio, en la promoción y vitalidad de las comunidades de base y de los Ministerio laicales.

Las Comunidades de base no están en su mayoría constituidas por grupos que se caracterizan por unas ideologías cerradamente homogéneas de signo revolucionario. Lo que las caracteriza es su estima de lo religioso y sus líderes, que pueden ser modestos rezadores de rosario o casi diáconos, que convocan y presiden las celebraciones de la comunidad, son escogidos y

propuestos por los fieles de la jerarquía entre quienes se distinguen por su religiosidad, ejemplo de vida y celo apostólico.

La religiosidad popular está profundamente arraigada. Uno de los ejemplos más destacados e impresionantes es la devoción en México a la Virgen de Guadalupe y la de Lima al Cristo de los Milagros. Pero son semejantes las procesiones y el culto en los santuarios a las Patronas de las distintas naciones o de regiones destacadas por su religiosidad.

Simultáneamente se produce un crecimiento espectacular del protestantismo. Las estimaciones más objetivas del fenómeno calculan un aumento de los fieles atraídos por el protestantismo que llegaron a ser unos 2.500.000 en el año 1930 y que pasaron a los 15.000.000 en el año 1960 y que alcanzan la cifra de 40.000.000 en el año 1990.

Realmente el progreso no puede ser atribuido sólo a los abundantes recursos materiales de que disponen las denominaciones fundamentalistas y carismáticas originarias de Estados Unidos que más se han difundido en América Latina.

Son numerosos también los misioneros americanos y nativos dedicados a una intensa labor proselitista no siempre respetuosa con las tradiciones católicas.

Pero también hay que reconocer dos factores positivos que favorecen la adscripción a las congregaciones protestantes. Uno es la ejemplaridad de los nuevos conversos. Los llamados «canutos» se distinguen por la abstención radical del uso del alcohol, el trato respetuoso a sus esposas y familias y porque inician el trabajo los lunes por la mañana y no los miércoles a mediodía como es habitual entre el resto de la población.

Otro factor de atracción, a partir de los años sesenta es el carácter puramente espiritual y consolador de su mensaje ante realidades más bien duras de la vida real de todos los días. Sus comunidades que viven muy unidas celebran su fe con una gran carga de emocionalismo.

Pero sería un error pensar —como se hace— que el crecimiento del protestantismo es imparable y que en unas décadas llegará a igualar el número de los católicos. Sería no tener en cuenta el movimiento carismático católico, que también ha crecido notablemente, como el movimiento bíblico, la inmensa muchedumbre de los que realizan la catequización y muy en especial el trabajo apostólico de la inmensa mayoría de las familias que están integradas en los movimientos familiares cristianos.

Por eso, aunque el profesor Davin Martín, de la *London School of Economics*, considere el crecimiento del protestantismo conservador en Latinoamérica como algo tan significativo como el impulso del renacimiento revolucionario islámico en Asia y en África, las diferencias de estructura, de motivación y de posibilidades de expansión son muy distintas.

El protestantismo en Latinoamérica no tiene la base, la motivación y el impulso revolucionario del islam. Y además, aunque con sus limitaciones innegables, el catolicismo suramericano de ahora cuenta con más vocaciones sacerdotales y religiosas, tiene líderes, capacidad de movilización de nuevos movimientos apostólicos, unas raíces profundas y vivas en la religiosidad popular y un fuerte compromiso en los católicos más lúcidos y responsables de buscar respuestas eficaces a los problemas abiertos y acuciantes que oprimen y hacen difícil el acceso al bienestar que demanda la equidad y la dignidad de las personas que reclama la aceptación del Evangelio.

Además la Iglesia en Latinoamérica cuenta con la institución de coordinación regional más eficaz de toda la Iglesia. Las 666 diócesis del centro y del sur de subcontinente americano están asociadas y, aunque se les respeta su autonomía porque así lo exige la constitución de la Iglesia, constituyen el Consejo Episcopal Latino Americano (CELAM).

El CELAM, cuya segunda Conferencia fue inaugurada en Medellín por el papa Pablo VI el día 24 de agosto del año 1968 consiguió que sus estatutos fueran aprobados el 9 de noviembre del año 1974.

El influjo de los documentos de Medellín ha sido extraordinario. La aplicación del entonces reciente Concilio a la realidad apostólica iberoamericana tuvo un efecto vivificador y duradero. Todos los grupos humanos fueron directamente interpelados y vieron abrirse ante sus esfuerzos posibilidades de acción y de progreso apostólicos insospechados.

La III Conferencia se celebró en Puebla de los Ángeles (México) de enero-febrero del año 1979 y fue presidida por el papa Juan Pablo II. En esta reunión general del episcopado latinoamericano se aclaró que la liberación cristiana de los hombres tiene que ser integral y se matizó que la preferencia por los pobres no hay que entenderla con exclusividad sino como preferencia. En general puede decirse que al impulso ilusionado de Medellín, le sucedió la profundización de los objetivos y el fortalecimiento del compromiso pastoral de la Iglesia en toda su amplitud y libre de reduccionismos parciales.

La IV Conferencia del CELAM se celebrará en el año 1992 con ocasión del quinto centenario de la evangelización de América en Santo Domingo y será presidida por el papa Juan Pablo II.

El documento de trabajo está abierto al compromiso de la intensificación apostólica y del empeño por conseguir que se mantenga y se fortalezca la instauración de una cultura del amor y de la vida y de la fundamentación de la libertad en la verdad. Organizativamente se procurará promover la diocesanidad de los movimientos apostólicos y la prioridad de la función apostólica de impulso y de orientación de los obispos.

Las conferencias del CELAM celebradas y por celebrar como todo empeño humano, aunque cuente con la ayuda extraordinaria del Espíritu de Dios, no logran el ciento por ciento de los objetivos previstos pero tampoco son esfuerzos vanos. Siempre son pasos adelante en el caminar divino y humano de la Iglesia. Esa es nuestra esperanza y la esperanza de la iglesia latinoamericana.